

Martín CAPARRÓS. *El interior*. Barcelona: Malpaso Ediciones, 2014. 687 pp. ISBN: 978-84-15996-20-0.

Martín Caparrós no es, hablando en términos canónicos, un cientista social. *El interior* no es tampoco una obra que se pueda enmarcar dentro de coordenadas

estrictamente académicas. Además, se trata de una obra publicada en Argentina hace justo diez años. Sin embargo, entiendo que es adecuado tomarla en consideración para incluir una reseña suya en una revista de ciencias sociales que se ocupa en su sección bibliográfica de obras de reciente publicación. Esto es así por tres razones: Caparrós es una figura mundial de la crónica sobre la realidad político-social del presente; esta obra es un diagnóstico que se vuelve imprescindible para conocer el estado de al menos la mitad de Argentina en torno a 2004; y, por último, su publicación para los lectores de fuera del sur del continente americano es muy reciente.

El interior adopta la forma de relato de viajes en el que el narrador, a lo largo de varias semanas y desplazándose veinte mil kilómetros por carretera, describe el paisaje y desmenuza el contexto social al que se adentra hasta llegar a rincones perdidos en la geografía del norte argentino desde las ciudades y las propias capitales de once provincias. Acumula decenas de entrevistas de sujetos que configuran un variopinto muestrario en lo que puede considerarse un ejercicio notable de etnografía. En fin, aporta una visión subjetiva interpretativa de cuestiones que van desde el modelo neoliberal menemista y sus efectos, a la introspección acerca de la identidad argentina y la enorme dificultad de abordarla –como muchas otras–, sin dejar de afrontar constantemente el sentido del país que en un momento dejó de ser aquello a lo que parecía abocarse –«la Argentina que dejó de ser y no ha sido»– para caer en una pendiente de mediocridad y de frustración colectiva.

Hay muchas formas de acercarse al conocimiento de un país y la que se lleva a cabo en este volumen es eficaz a la hora de saber más allá del funcionamiento de las instituciones formales y de las estadísticas oficiales o de centros de investigación así como de las encuestas de opinión pública. Quien se aproxime a sus páginas, en ese sentido, no va a quedar defraudado. El relato de un momento preciso que supone el lapso durante el que se realiza el viaje es más que una fotografía de los primeros momentos del kirchnerismo. Entonces, y una vez superada la brutal crisis económica de 2001 y 2002, se acomodaba el modelo de la década menemista con la que se cerró el siglo XX. Un patrón que, para el autor, pudiera haber supuesto, precisamente, el triunfo en última instancia de lo implementado por el caudillo riojano. Son centenares de páginas en las que el legado histórico y el contexto del instante concreto están siempre presentes. Además, el sentido de la época confunde al lector por cuanto que lo que acontece a finales de 2015 es el final del ciclo que el viaje testimonia en sus comienzos. Un viaje, este en el tiempo, que, irónicamente, se muestra como un bucle dramático donde el final de la riqueza basada en la explotación irrestricta de la soja, el incremento de la marginación social de poblaciones jóvenes devastadas por la droga, la maternidad adolescente y la pauperización, pese a la implementación de programas sociales condicionados, se muestran como vaticinios irónicos de Caparrós. Si en aquel tiempo señala que en Argentina «lo contrario de pobreza es supervivencia, ligero bienestar, haber zafado», hoy no parece ser muy distinto.

La construcción nacional de Argentina estuvo sometida desde sus inicios, como ocurrió en la mayoría de los países latinoamericanos, a una fuerte tensión entre la capital y el resto del país. El modelo que se asentó poco a poco exacerbó el papel de Buenos

Aires, cuyo conurbano terminó siendo hegemónico en un país cuyo tamaño es cinco veces la península ibérica y su población de 43 millones de habitantes. El resto del país es lo que constituye «el interior», como lo denomina el autor. Sin embargo, ese espacio monumental cobra especial significado en las provincias del norte, aquellas que acogen a una población significativa y que desarrollaron históricamente cierto papel relevante tanto por constituir enclaves de poblaciones indígenas, como asentamientos españoles y lugares de especial significado en la construcción republicana. Provincias, «tributarias de los caudillos del siglo XIX», que podrían suprimirse, agruparse, pero ante las que «los políticos y los ricos de cada provincia se opondrían».

Se trata de un espacio promisorio de desarrollo truncado, donde «el tiempo es diferente», de lucha por la configuración de una supuesta auténtica identidad argentina, quintaesencia de presuntos valores definitorios, como Caparrós se encarga de recordar innumerables veces con respecto al de «la tranquilidad»; pero también testigo de avatares durante la década de 1970 como la insurgencia guerrillera del ERP y de los Montoneros en Tucumán o el refugio de un militar retirado participante en distintos operativos que, como sostiene Caparrós, «hace treinta años este señor me habría pegado un tiro, o dos».

El interior tiene unas claves políticas propias. Los punteros de los partidos son insustituibles para manejar la política, para hacer efectivos los sutiles procesos de compra de votos. Es el paraíso de los cuadros políticos locales, provinciales, ungidos de «viveza criolla», porque «de legislador nacional nadie quiere ir, es empobrecerse». Es un escenario de familias políticas extensas y longevas en el que, además, la confrontación partidista mantiene lugares que compiten con el peronismo como el radicalismo en Córdoba, el socialismo en Rosario o los conservadores en Mendoza. Es una excusa para adentrarse en lo más profundo de un escenario acotado por el gauchito Gil, peleas de gallos en Jujuy, la milagrera María Livia en Salta o por los platillos voladores de Capilla del Monte en Córdoba para desentrañar la idea de una patria hecha «a caballo». Una patria en la que, como señala un entrevistado, «ser argentino es ver a esos bolivianos, paraguayos, todos esos, y darse cuenta de cómo nos envidian».

Manuel ALCÁNTARA SÁEZ
Instituto de Iberoamérica
Universidad de Salamanca